

NEW YORK REVIEW BOOKS
CLASSICS

ALMA DE MADERA

JAKOV LIND (1927-2007) nació en Viena en el seno de una familia judía. Después de la anexión de este país a la Alemania nazi en 1938 (Anschluss), Lind y su hermana se instalaron en Holanda, desde donde viajarían a Palestina para reunirse con sus padres. Sin embargo, Holanda fue ocupada enseguida por los nazis y sus planes no pudieron llevarse a cabo. Lind no tuvo otra opción que cambiar de identidad y en adelante viajaría bajo el nombre de Jan Gerrit Overbeek, cuyo significado describiría más adelante como «viajar bajo una falsa identidad». Durante un tiempo, Lind trabajó en una gabarra que transportaba mercancía a lo largo del Rin, pero cuando los aliados comenzaron a bombardear las ciudades industriales ubicadas sobre la costa del río, Lind/Overbeek se mudó a Alemania, donde encontró un empleo dentro del régimen nazi. Al final de la Guerra, Lind logró reunirse con su familia en Palestina pero pronto regresó a Europa para estudiar teatro en la ciudad de Viena. En 1954 se estableció en Londres y comenzó a escribir los relatos que en 1962 se publicarían con el título de *Alma de madera*, también escribió en alemán las novelas *Paisaje de cemento* y *Ergo*, y en inglés cuatro volúmenes que contienen su autobiografía, dos novelas y un gran número de cuentos. Fue un reconocido autor de obras de teatro, director de cine y artista visual. En la elegía que dedicó a Lind el día de su muerte, Anthony Rudolf lo describió como «un coyote, un embustero... Lind siempre tenía una sonrisa maliciosa en su rostro mientras que de su boca salían lúcidos aforismos. De él emanaba una poderosa energía interior y una inteligencia delirante que todos intentamos siempre imitar».

MICHAEL KRÜGER es el editor del diario *Akzente* y ha sido director de la casa editorial alemana Carl Hanser Verlag desde 1986. Ha publicado numerosas obras de ficción y poesía, le fue otorgado el premio Médicis Étranger en 1996 por su novela *Cita en Corfú*.

ALMA DE MADERA Y OTROS CUENTOS

JAKOV LIND

Traducción de

LUCAS SALA

Introducción de

MICHAEL KRÜGER

NEW YORK REVIEW BOOKS



New York



Título original: *Eine Seele Aus Holz*
copyright © 1962 by Jakov Lind
© por la traducción, Lucas Sala
© por la introducción, Michael Krüger, 2010
© por la traducción de la introducción, Luis Noriega, 2010

All rights reserved

Publicado con la autorización de *The New York Review of Books*

Primera edición en esta colección, junio de 2010

© Duomo ediciones, SL
Calle La Torre, 28 Bajos 1.ª Barcelona 08006 (España)
www.duomosediciones.com

Grupo editorial Mauri Spagnol S.p.A
www.maurispagnol.it

Depósito Legal: B-16.389-2010
ISBN: 978-84-92723577

Fotocomposición:
EdiDe, S.L. Casanova, 191. 08036 Barcelona (España)

Impresión:
Grafica Veneta s.p.a. di Trebaseleghe (PD)
Printed in Italy – Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

ÍNDICE

Sobre Jakov Lind . . . vii

Alma de madera . . . 5

Viaje de noche . . . 89

La sentencia . . . 95

La ventana . . . 107

Viva la libertad . . . 119

La resurrección . . . 129

SOBRE JAKOV LIND

«Existe una plaga llamada hombre»:

EN 1962, CUANDO publicó su primer libro, *Alma de madera*, Jakov Lind tenía treinta y cinco años y experiencia suficiente para muchos libros, y muchas vidas. La situación de Lind era diferente de la de la mayoría de escritores en lengua alemana de su generación. Christa Wolf, Günter Grass, Hans Magnus Enzensberger, Heinrich Böll y muchos otros de los nacidos entre 1925 y 1929 fueron llamados a prestar servicio militar en los últimos años de la guerra; los nombres de algunos de ellos aparecen en las listas de miembros de las organizaciones juveniles fascistas por razones que, en varios casos, siguen siendo todavía misteriosas. Lind, en cambio, se vio obligado a recorrer un camino tan arduo y aventurado que resulta casi increíble. El sólo hecho de haber sobrevivido es un milagro, uno que él mismo obró, y la historia de ese milagro es la historia tras todos sus libros. Para asomarnos a su vida, tenemos que dejar a un lado la noción convencional de la identidad como algo estable. Lind sobrevivió porque supo ponerse una máscara, y en una de las actuaciones más brillantes de su vida, llegó incluso a ponerse la máscara del enemigo mortal, que en su locura racista lo único que quería era destruirle.

Lind pasó su infancia en Viena, donde nació el 10 de febrero de 1927 como Jakov Landwirth, el hijo de una familia judía procedente de Europa oriental. Es importante subrayar este origen porque

fueron los *Ostjuden* en particular los que, a mediados del siglo XIX, empezaron a emigrar a las grandes ciudades del Imperio austriaco: Viena, Praga y Budapest. Los judíos partieron con unas expectativas que excedían con creces la acogida que recibieron, un fenómeno que W. G. Sebald llamaba «ilusionismo complejo» y que advertía en escritores tan disímiles como Arthur Schnitzler y Peter Altenberg, Hermann Broch y Joseph Roth, Karl Kraus y Elias Canetti. (Los últimos libros de Roth permitirían hablar también de «sobreidentificación».) Al viaje desde el *shtetl* a la ciudad (la única razón por la que estas ciudades desarrollarían un modernismo comparable al de otras metrópolis europeas) le siguieron viajes intelectuales que llevarían la literatura en lengua alemana y la cultura europea a un nivel que no han vuelto a alcanzar desde entonces. Kafka, Freud, Schnitzler, Broch, Roth, Canetti, Musil, Kraus: hoy asociamos estos nombres a un Renacimiento judío cuya existencia no puede sino parecernos casi milagrosa, pero que para la generación de los padres de Lind era un hecho. Para los judíos asimilados, la aparición de Hitler quizá fuera suficiente para recordarles sus orígenes, pero los padres de Lind pertenecían a un grupo cuyo «apego a Austria» era de un tipo especial, como ha señalado Sebald:

Como es famoso, Theodor Herzl acarició durante un tiempo el sueño de hacer de Viena una nueva Jerusalén, y, si ello hubiera sido posible, estaba dispuesto a bautizar a toda la comunidad judía de la ciudad en la catedral de San Esteban, para inaugurar una utopía política judeocristiana.

Por desgracia, la transformación de Austria en la «tierra prometida» tuvo tanto de realidad como la conversión del austriaco medio en un flosemita. De hecho, lo que ocurrió fue más bien lo contrario. En vista de que el antisemitismo aumentaba en lugar de disminuir, el movimiento sionista creció con rapidez en Viena, e incluso los padres de Lind emigraron a Palestina. La estrecha relación entre el destino de los círculos judíos que crecieron bajo los Habsburgo y el destino de Europa en su conjunto en esos años es

un tema que no ha sido explorado de forma suficiente, aunque para 1938, por tarde, era imposible no advertirla. Y, no obstante, aun hoy sigue desconcertándonos la rapidez y facilidad con que esta región otrora liberal de Europa central pudo someterse a la apuesta demente de Hitler, la forma en que sin apenas pestañear rechazó la modernidad, que desde nuestro punto de vista es el prerrequisito para entender la humanidad y el mundo. Lind fue un ciudadano del mundo con mucho recorrido, y, sin embargo, su vínculo con este mundo desaparecido siempre le definiría. Cuando se le preguntaba cuáles eran los modelos clave de su escritura, respondía exclusivamente con nombres pertenecientes a éste. A Bertolt Brecht y Thomas Mann nunca los mencionaba.

Lind estudió en el gimnasio escuela Zwi Perez Chajes de Viena y era un miembro orgulloso del grupo juvenil sionista Barak («relámpago»). La familia decidió trasladarse a Palestina en 1938: los padres viajaron primero; los hijos, Lind y su hermana, debían seguirles. Pero después de la anexión de Austria por la Alemania nazi en marzo de ese año, otros itinerarios prevalecieron y Lind tuvo la suerte de poder escapar a Holanda en diciembre, a bordo de un transporte de niños refugiados que atravesó el Reich. Cuesta imaginarlo: un niño de once años viajando sin sus padres a través de una tierra que ya estaba preparándose para el genocidio, con destino a Holanda, un país en el que no conocía a nadie y cuyo idioma no entendía. Y como si eso fuera poco: cinco años después, en 1943, cuando Lind tenía dieciséis y Holanda se encontraba bajo ocupación alemana, el joven regresó a Alemania con documentos holandeses falsos. El judío vienés se había convertido en un tal Jan Gerrit Overbeek que viajaba por el Rin en un remolcador. ¡Espera, espera! quisiéramos exclamar, apenas capaces de dar crédito a un joven que asume semejante riesgo, pero entonces Lind, que ha dejado la vida segura y protegida que en algún momento conoció y se ha situado fuera del tiempo, lleva la situación todavía más lejos: fuentes fidedignas nos informan de que durante el último año de la guerra trabajaba como mensajero en un departamento del ministerio de transporte marítimo alemán. Dando por hecho que es posible hablar de un escritor

como alguien que carece de una identidad homogénea, debió de ser en este punto que Lind perdió la suya. Más tarde escribiría:

Como Jan Gerrit Overbeek, me sentí a salvo por primera vez. Era una locura poder caminar libremente por ahí cuando en realidad tendrías que estar en un campo de concentración. Estaba loco, quizás, pero era una locura que me hacía sentir contento y feliz.

Al final de la guerra, Lind se encontraba en Hamburgo, y los tres volúmenes de su autobiografía describen sus posteriores aventuras: su emigración a Palestina (de nuevo con documentos falsos), su desilusión con la vida allí, su regreso a Viena y su traslado a Londres. Al mirar atrás, describe esta odisea así:

Fui, consecutivamente, marinero en un remolcador, ayudante de un espía, empleado en una oficina de racionamiento de alimentos, pescador en el Mediterráneo, peón caminero en Jerusalén, fotógrafo en las playas de Tel Aviv, recolector de naranjas en Netanya, controlador de tráfico aéreo para la fuerza aérea israelí, autor de cuentos, director de un pequeño periódico en Viena, detective privado, agente cinematográfico en Londres, viajero en Escandinavia, Francia e Italia... y todo eso fue parte de mi aprendizaje como escritor. Cada día era día de examen...

Recuerdo a Lind presentándose en Berlín a comienzos de la década de 1960. Era fornido, sus manos parecían haber agarrado mucho más que lápices y tenía el tipo de bigote que Nietzsche popularizó en el siglo XIX (y que en la actual escena literaria alemana está reservado para Günter Grass). Era un amante apasionado y muy solicitado y un narrador espontáneo que contaba unas historias que nosotros, los nacidos al final de la guerra, escuchábamos con asombro e incredulidad. A fin de cuentas, en casa siempre habíamos oído que era imposible escapar de las garras de las desalma-

das SA y SS, que para escapar al destino de los judíos uno tenía que conformarse, y ahora teníamos en frente a este conversador brillante, un judío que se había ganado la vida trabajando en el ministerio de transporte marítimo nazi. Durante los trece años que había ido a la escuela en Berlín, nunca había conocido un judío, pero el que Lind encarnaba era tan absolutamente diferente de lo que había aprendido a esperar de un judío que estábamos sin palabras: «Nos quedamos sin qué escupir», como acostumbramos decir en Berlín. En realidad, he de confesar, no me importaba si en literatura Lind era un Kafka dedicado a registrar la Segunda Guerra Mundial o un pintor de grandes cuadros grotescos: con la publicación de *Alma de madera*, el autor se había convertido en uno de «mis» escritores. Nuestra amistad se prolongó durante más de treinta años.

«Existe una plaga llamada hombre», reza el epígrafe del segundo libro de Lind, *Paisaje de cemento*. En la complaciente Alemania de Adenauer, esta visión del mundo nos resultaba fascinante. Los libros de Lind no insistían en «el humanismo de la modestia» que nos habían enseñado en la escuela ni proponían una nueva santificación del arte. Nos mostraban un mundo negro en el que nociones como razón, virtud y felicidad habían sido eliminadas.

En su momento, los críticos alemanes llamaron a Lind un «analfabeto brillante», algo que le hirió profundamente. Acaso ésta fue una de las razones por las que Lind, que para entonces ya estaba viviendo en Londres (cerca de Canetti, que siempre le defendió), en lo sucesivo decidió escribir en inglés.

Y hubo otra razón. En una «carta abierta» escrita en Nueva York el 8 de marzo de 1967, Lind les dijo a los jóvenes escritores alemanes de la época lo que pensaba de ellos, a saber, (casi) nada:

Tener algo que decir significa, en alemán, defender un punto de vista humanista. Y, en una tierra de filisteos que ocasionalmente contraen la rabia (dos veces en los últimos cincuenta años, incluso), eso significa toda clase de cosas. Quienquiera que escriba en alemán y no se ocupe precisa-

mente de decir cuál es la condición del alma alemana (y para ello no necesita mencionar nada acerca de lo que pueda estar ocurriendo en el ancho mundo), quienquiera que no lo diga en alemán, o no quiera hacerlo, bien, esa persona no tiene nada que decir ... El provincianismo es la razón, no el resultado, de una autocompasión que intenta justificar esta niebla con excusas acerca del clima. La atmósfera alemana siempre fue desfavorable a la literatura con contenido universal, pero los escritores realmente buenos en lengua alemana, como Kafka, Musil, Broch y Freud, nunca dejaron que eso les preocupara.

Esta filípica fue el adiós de Lind a Alemania. Vivió en Londres y en Nueva York y viajó. Pasaba los veranos pintando en una torre en el pequeño pueblo de Deia, en Mallorca, donde también vivía (y está enterrado) Robert Graves. Desde allí, Lind veía el mar en todas direcciones, pero a pesar de los muchos honores y premios, nunca volvió a poner los ojos en su «patria».

Lind murió en Londres en febrero de 2007, acababa de cumplir ochenta años. Dejó tras de sí una filosofía perturbadora del «comer y ser comido», una narrativa desoladora de la época más desoladora del siglo xx, cuando la paz sólo fue una pausa entre dos guerras.

— MICHAEL KRÜGER

ALMA DE MADERA
Y OTROS CUENTOS

Para Rosa y Simon Landwirth
y sus hijas Elli, Mira y Ditta

ALMA DE MADERA

AQUELLOS A QUIENES faltaba la documentación para vivir, hacían cola para morir. Toda la estación del Noroeste era una gigantesca sala de espera. Es cierto que la cola avanzaba, pero aquello duraba una eternidad. El que por fin se veía dentro del tren daba gracias a Dios, y cuando las ruedas por fin empezaban a moverse y la locomotora a resoplar, a lanzar vapor y a silbar con insistencia, a ninguno de los cuarenta y cinco les quedaba ya ni una lágrima por derramar. Respirar se convirtió en una hazaña y llorar en una tortura. Claro que los muertos no lloran. Y los cuarenta y cinco estaban muertos. El señor y la señora Barth yacían estrechamente apretados uno contra otro, tan estrechamente como no lo habían estado desde hacía quince años, y no sentían dolor ni frío. No olían ni veían nada.

Medio dormidos, les invadían confusos pensamientos. Veían los ojos abiertos de Anton, grandes y oscuros, sin pestañas, veían los ojos de Wohlbrecht, azules, sinceros, quizás un poco húmedos. El doctor Barth murmuraba: Adonai, Adonai, y la señora del doctor Barth movía los labios y parecía querer decir «Mamá». El tren seguía silbando. Los ojos de Anton se hacían cada vez más grandes, hasta volverse finalmente tan grandes como el mar Negro, tan grandes y enloquecidos como Odesa, tan ruidosos como el mercado, tan relucientes como los barcos en alta mar. Las bielas murmuraban monótonamente la misma canción: Pasas y almendras

son lo tuyo. Y con todo me hice médico... La señora Barth veía al ilustre rabino de Chernikov, que enseñaba a leer a la muda Rivkele. El doctor y su esposa eran ambos de Odesa, e incluso en su agonía se hallaban en la misma calleja en la cual habían jugado juntos a los cuatro años. Y ahora los dos regresaban a Odesa. Volvían a reunirse con sus padres y parientes, que también hacía mucho tiempo que habían muerto, si bien es verdad que volvían dando un rodeo, pasando por Viena, dando un rodeo de cuarenta años, y con un hijo imposibilitado que se había quedado atrás.

A Odesa precisamente no llegaron. En el pueblo polaco de Oswiencim fueron sacados por hombres de uniforme y el mismo día les quemaron.

Incluso de noche, Anton Barth yacía con los ojos abiertos, ya que hasta sus párpados estaban paralizados. Llevaba gafas negras. Hacía dieciséis años que esperaba que también la cabeza se le muriera. Era cuanto podía hacer por sus padres. En aquella noche del 15 de marzo de 1942, tuvo un extraño sueño:

Cae la lluvia y todo gotea sangre. La gente es arrastrada por el agua fuera de las casas, y flota por las calles. Los cadáveres, pesados de sangre, se hunden. Pero él se salva. Con los ojos muy abiertos, pero sin las gafas negras, flota él a través de la lluvia, como si nada se de espalda. Pero no nada. Anda. Anda con paso firme. Un libro en su mano derecha, su libro predilecto, en la izquierda las llaves de su casa. Asiéndolos con fuerza. Él anda de vuelta a casa. Él, el paralítico, anda, mientras que toda la gente de su calle y de las vecinas pasa flotando muerta y se hunde. Él se ve ya metiendo la llave en la cerradura, cuando oye un grito, sin saber de dónde viene. Él no entiende lo que dicen. Suena un grito desde algún lado, estruendoso como un tambor. Entonces se despierta.

Quiso llorar, pero no pudo, ya que una sola lágrima le causaba un dolor de locura en los ojos. Sin saber por qué, tuvo Anton la impresión de que había llovido exactamente así cuando él vino al mundo. Yo debí nacer bañado en sangre, en medio de una hemorragia. Pero en ella no me ahogué. ¿La enfermedad proviene acaso de entonces?

Su padre le soltaba discursos durante horas enteras, pero él no podía hacerle preguntas. Su vocabulario era demasiado pobre. Igualmente, poca cosa comprendía él de las plegarias y versículos que le recitaba el rabino Weiss. Ese sueño sangriento, ¿cómo podría alguna vez relatarlo a alguien? El sueño le quitaba el apetito. A eso de las nueve, Anton oyó el traqueteo de la pierna de madera de Hermann Wohlbrecht por las escaleras. Las llaves hicieron gran ruido. Tuvo la sensación de que el piso estaba vacío, más vacío que en el día de la Reconciliación, cuando sus padres iban a los oficios matutinos. No se movió ni un músculo en el arrugado rostro de Wohlbrecht. Éste colocó el desayuno sobre la mesa junto a la cama y empezó a dar de comer a su protegido. Hoy estaba muy taciturno. Wohlbrecht había limpiado ya la boca de Anton y recogido los platos cuando, al levantar la bandeja, Anton pronunció la palabra «Mamá». Wohlbrecht miró con atención al joven Barth, dejó la bandeja y comenzó a hablar, primero lentamente, después cada vez más aprisa, como si no pudiera ir lo bastante aprisa para terminar: Esta noche se marcharon. Tuvieron que hacerlo. Sí, sí. Tuvieron que hacerlo. Orden irrevocable. De lo contrario, campo de concentración. Sí, tú no comprendes. Yo tampoco. Pero es así. Campo de concentración. Gente mala, los nazis, nada de bromas con ellos. Tu señora madre y señor padre me han dejado las llaves del piso. Ahora el piso me pertenece. Me lo han regalado, porque de lo contrario caería en manos de los miserables, medida acertada. Sí, así van las cosas con Adolfo, ese timador. Pero yo cumpliré mi promesa. Lo haré. Gastaré por ti hasta el último céntimo. Pero tendré que vender el piso. Por desgracia. No será tanto, por otra parte. Primero te vienes conmigo abajo al sótano, esta misma noche, y mañana te pongo a salvo. No en la ciudad. Es demasiado peligroso. Vamos al campo. En plena naturaleza. Como quien dice de vacaciones. Sí, sí, a las montañas. Se está bien allá arriba. Aire mucho más sano. Sí, uno se ahoga en la ciudad. Y tú, sobre todo. No habría modo. A ti te meterían en seguida en la cámara de gas. Sí, así van las cosas con Adolfo, ellos no están para bromas y menos con los paralíticos, con los paralíticos de fe mosaica sí que no. No se puede hacer nada. Por

eso, cuanto más aprisa, mejor. Haré ya las maletas. Provisiones. El punto importante. Wohlbrecht se ocupa de todo. No tengo pelo de tonto. Esta noche duermes abajo conmigo. Y mañana por la mañana, muy de mañana, arre caballo. Sí, querido (Wohlbrecht hizo entrechocar su pierna de madera y el zapato, y saludó); un antiguo soldado sabe cómo arreglárselas, yo soy listo, tú tranquilo, yo sé qué gentuza son los hermanos nazis, nada de tomar el tren, no somos tan tontos, tengo algo mejor (Wohlbrecht susurró): heno. Esto te sorprende, ¿eh? Pero el que ha sido soldado conoce los trucos y el despiste. Bajo el heno nadie ve a un paralítico. Ja, ja. Ahora sí que nos hemos reído. Sé lo que me hago. Heno para ciervos y corzos, servicio oficial, administración forestal, de lo contrario se nos mueren los bichos; por lo tanto, señor guardia, déjese de cuentos y paso libre. Sí, así se habla con los pillos. Claro que sí. Amable, eso sí, pero tajante. Ja, ja, ja, es un hermoso heno para corzos y ciervos, con un judío paralítico debajo. Ja, ja, ¿qué te parece? Di algo, ¿qué?

No, gritó Anton. No pudo decir más.

Wohlbrecht recogió la bandeja y, volviéndose, dijo: Un carro de heno es mejor que la cámara de gas. ¿Sí o no? Tus benditos padres, lo digo y no miento, han puesto en mí toda su confianza, y tú no me armas líos, ¿comprendido? Wohlbrecht salió del cuarto haciendo balancear la vajilla como un consumado camarero y, con estrépito, dio un portazo. Los ojos de Anton se pusieron a leer en su libro predilecto que, con los dientes, colocó en su pupitre:

Todo el día, unos enfermos demacrados aprisionan mi pensamiento, desde que apunta la certidumbre de que vendrá la noche, hasta que adquiere su plena robustez y su ancha copa.

Temblor de tierra. La infección devora mi pálida cara, una voz tranquila dicta mudos símbolos que sólo unos locos entienden y guardan, de noche, indecibles e inolvidables, pero...

No pudo leer más, el sueño le invadió de nuevo y tuvo miedo de Wohlbrecht.

La gran caja con la inscripción «*Cuidado, no volcar –Contenido frágil*» fue llevada al taxi por Wohlbrecht y la portera. No era pesada

ni tampoco crujiía. Simplemente plegándolo, habían metido dentro a Anton Barth. Entre nada más que tarros de fruta confitada (siempre apetitosa), latas de sardinas y barras de pan –la sal se la habían metido en los bolsillos– no podía moverse. Bajo cada asa le habían abierto un orificio para respirar. Al taxista no le gustó la caja. Refunfuñó: Esto le costará veinte marcos por lo menos. No se entretenga usted, ordenó Wohlbrecht, vale más que ayude a la señora. Con su maldita caja seguro que me estropea el coche. Vámonos, vámonos, gritó Wohlbrecht, ante todo debía procurar no llamar la atención. El chófer se puso a soltar tacos y blasfemias, pero ayudó. Tuvieron que intentarlo tres veces, pues no le sobraba ni un milímetro a la portezuela de entrada del coche, a pesar de que Wohlbrecht había anotado cuidadosamente las medidas dadas por el Manual del Automovilista, lo que muestra claramente cómo mienten los libros, luego, por fin –¡zas!– la caja entró. Los tres se secaron la frente.

Esto le va a costar treinta marcos, ¿lo oye usted? Vaya fresca. Soy un herido de guerra, ¿acaso no se da cuenta? ¡Y a usted, cómo le gustaría recoger dinero con sólo bajarse! Vámonos, vámonos ya: Nutschliggasse 30.

Wohlbrecht hizo balancear sobre su rodilla un ángulo de la caja. El señorito no era tan pesado después de todo, se hubiese podido ahorrar la confitura, él no podía abrirle los tarros de vidrio para dos años, y que él los fuese abriendo por sí mismo no era posible, pero lo había prometido a la esposa del doctor, palabra de honor es palabra de honor, pero aquí me he aventurado un poco. La pierna de madera le dolía. Treinta marcos es mucho dinero y todo para tirarlo en definitiva por la ventana, pues antes de una semana estaría muerto, debería haberle ingresado en un hospital, pues allí lo hacen hoy de balde, un paralítico no puede, es cierto, seguir viviendo y menos en época de guerra, improductivos explotadores de la colectividad nacional, no está mal visto eso. Pero lo prometido es deuda, tan sólo hay que hacer pintar el piso y en seguida ofrecérselo a Hochrieder, quien por tener un número bajo en el Partido lo legalizará, de lo contrario se lo confiscarían, ahí tiene el tío una

ganga. Los papeles están avalados mediante declaración jurada, no pueden mostrarse muy exigentes con un mutilado de guerra, además de ser padre de dos combatientes, bien vale el piso cuatro mil schillings (por principio, Wohlbrecht pensaba solamente en la moneda de antes de la guerra). Hochrieder le había prometido anticiparle la mitad. ¿Qué hay dentro de la caja?, gritó el taxista por el espejo. Con gusto le hubiese contestado Wohlbrecht con una palabrota, pero más vale ser prudente que tener que pedir perdón. Si le contesto cacharros de cocina, reflexionó Wohlbrecht, esta clase de gente se vuelve desconfiada y acude en seguida a la policía, pues en esta ciudad lo discreto siempre resulta llamativo: ¡mi suegra cortada en pedazos! El taxista sonrió con ironía. El viejo cojo parece normal. Decidió dejarlo en veinticinco marcos. Pero supongo que primero la habrá atado, dijo el taxista. ¿Cree usted que soy idiota?, replicó Wohlbrecht, eso me hubiese dado demasiado trabajo. Lo he hecho a la inversa. El chófer rió hasta casi saltársele los dientes. A un sujeto así no puedo cobrarle más de veinte marcos. Es un tipo gracioso. Vivir y dejar vivir era su lema, pues descendía todavía de aquella Austria del anciano emperador. Grosero por fuera, pero un hombre de sentimientos por dentro. Ya estamos en la Nutschliggasse, pero la próxima vez alquile un coche de la funeraria.

Andando, gritó Wohlbrecht, pues no tenía tiempo que perder. De un tirón sacaron la caja del coche, tirándola sobre la acera. Déle la vuelta, ordenó Wohlbrecht, pues el «Cuidado, no volcar» no se veía por ninguna parte. Wohlbrecht dio veinte marcos al conductor y le estrechó la mano. Buena suerte, le deseó el chófer, y tenga usted cuidado no vayan a cogerle. Wohlbrecht se sintió molesto, pues, como decían en su casa, las paredes oyen. Adiós, gritó al chófer.

Heil Hitler, saludó un joven, ¿puedo servirle al señor en algo? Bien, dijo Wohlbrecht, deja un momento la cartera de los libros. El joven hitleriano ayudó a Wohlbrecht a llevar la caja al patio. Eres un buen chico, aquí tienes diez groschen. Alargó una moneda al joven. Gracias, dijo el joven hitleriano, entrechocando los talones y poniéndose en posición de firmes. Ayudar a los ancianos, enfer-

mos y mutilados (aquí miró a la pierna de madera de Wohlbrecht) es deber de todo joven hitleriano. Heil Hitler y muchas gracias. Luego tomó la moneda de diez pfennig que le tendía Wohlbrecht y se fue marcando el paso. Wohlbrecht meneó la cabeza y gruñó: «Valiente chusma».

Cuando sacó de la caja al joven Barth, se quedó sin aliento, pues aquél casi mostraba el mismo aspecto que la suegra descuartizada. Un tarro de confitura de cerezas se le había desparramado por encima, las manos y el rostro se veían embadurnados de rojo y los ojos estaban sin vida. Está muerto. No cabía duda. Bastante le había dado que hacer Barth en vida. Ahora, ante su cadáver, no sabía qué partido tomar. El miedo de que el muchacho se le pudiese morir por el camino no le había dejado dormir en toda la noche. Por sospecha de homicidio le saldrían ya un par de semanas de prisión preventiva y el asesinato de un judío, de cuyos padres había recibido un piso en obsequio, entraba ya en lo político. Esto no puede terminar más que en la Gestapo. La cual tampoco muestra compasión alguna con los mutilados de guerra. Ni siquiera necesitan enviarme a Dachau, ¿para qué? Simplemente me quitan la pierna de madera y me hacen esperar en la antecámara hasta que reviente. Quitó la confitura de cerezas del rostro de Anton, hurgándole con el dedo entre los labios. De la vida de este inválido dependía la suya propia. Cuando Anton, reponiéndose de su desmayo, le mordió el dedo, en los ojos de Wohlbrecht aparecieron lágrimas de alegría. Sigue mordiéndome, sigue mordiéndome, murmuraba cariñosamente. Luego cambió el dedo por el gollete de una botella y le echó entre pecho y espalda un par de tragos de aguardiente. Gracias al aguardiente Anton volvió de nuevo a la vida. Respiró profundamente el aire frío del mes de marzo y se movió pasando de apoyarse en una paletilla a apoyarse en la otra. Wohlbrecht trajo un trapo mojado, se arrodilló junto a Anton, a quien había acostado sobre el heno de la puerta del granero, y le quitó los últimos restos de pegajosa confitura. Encontró cerezas en el cuello, bajo los sobacos e incluso en los calcetines. ¡Qué porquería! Le puso nueva ropa inte-

rior de invierno, tres camisas, dos jerseys, un grueso pantalón de lana, dos pares de medias gruesas, encima un par de calcetines de esquí, y encima un par de zapatillas forradas (no eran para andar) y todo ello lo introdujo en un impermeable enguatado (todo exactamente como se lo había indicado por escrito la esposa del doctor). Sí, un apuro, eso fue, ¿no?, dijo Wohlbrecht, mientras le iba llenando la boca con pan y salchichón. El frío y el aire fresco le habían despertado el apetito a Anton. Dentro de la ropa limpia se sentía caliente y seguro, casi era feliz. Un cielo azul se extendía sobre el patio, se notaba olor a tierra. Anton sonreía. Y al hacerlo mostraba dos hileras de dientes sanos y blancos como la nieve, un inesperado brote de vitalidad en este ser completamente inválido, lo cual no podría explicarse ningún médico. En realidad le apasionaba la aventura. Aguardaba con gozo los bosques, las montañas y el ancho cielo, el reposo, los animales (los conocía a todos por los grabados de los libros), y sobre todo el aire puro de la montaña. Anton había hecho de la respiración un arte. La respiración (no la aspiración y la espiración simples y espontáneas) era su más feliz ocupación. Era una especialidad suya, semejante a la música, pues le daba cierto ritmo, pero no era una melodía; parecida a la poesía, pues le producía determinados estados emotivos. Su respirar, mezcla de razón y sentimiento, era una experiencia maravillosa e indescriptible. Era, en una palabra, el arte de un inválido total.

El aire de montaña era su instrumento predilecto, al cual arrancaba, como por arte de magia, las variaciones más exquisitas.

Camino de su escondrijo, de buena gana hubiese contemplado el cielo, por lo menos. (Bien acostado, hubiese podido captar incluso el paisaje y las aldeas.) Le gustaban los perfiles de los montes, de los árboles y de las casas, los cuales, como recortados con tijeras, le cubrían el azul del cielo. Naturalmente que nadie se subiría al heno y ni siquiera desde un avión se vería nada, pero él se lo perdonaba a Wohlbrecht, quizás fuese mejor así. En épocas de locura, tener deseos es peligroso. A eso de las diez, Wohlbrecht le colocó el dispositivo para orinar y después le introdujo en su «obra maestra»; parecía un ataúd, sin embargo tenía aberturas para la cabeza y